

Relato N°24

EN LOS ÚLTIMOS CUARENTA AÑOS

Me siento frente a la ventana, con el mate en la mano, como casi todas las mañanas. No hace falta mucha ceremonia: el agua apenas tibia, la yerba de siempre y el silencio cómplice de este rincón de la casa donde todo comenzó. Me doy cuenta de que pasaron más de 40 años desde que empezó esta segunda mitad de mi vida. Y aunque algunas condiciones físicas ya no son las de antes, la memoria, esa sí, vuela.

Corría el año 1985 y yo tenía poco más de 20.

Ya estaba casada con Néstor, nos casamos muy jóvenes, y ya teníamos nuestros dos hijos mayores. Él trabajaba en tareas agropecuarias en esa época (sembrando, cosechando) y yo me dedicaba a cuidar mis pequeños hijos y las tareas del hogar.

Pero todo cambió, desde que volvimos a la democracia.

Recuerdo la emoción de votar por primera vez, el miedo que aún se sentía en la calle y las ganas de vivir que nos empujaban igual. Fue el año en que me animé a buscar trabajo. Comencé visitando las oficinas del pueblo, donde pensé que me tendrían en cuenta. Me acuerdo hasta de mi vestimenta. Muchas veces volvía desilusionada al no obtener alguna respuesta positiva, que me permitiera introducirme en el mundo laboral.

En lo personal, aprendí que las derrotas también enseñan. Tanto insistir para conseguir trabajo, que nos permitiera mejorar la economía familiar, y ofrecerles un mejor bienestar a nuestros hijos, cuando ya me sentía perdida, con la sensación de no “servir para nada” ese mismo año, 1985, marzo para ser exacta, ahí estuvo Leandro, con su eterna calma y humildad, en su oficina, sentado en su sillón, y fue cuando me dio la noticia más importante de mi vida en cuanto a lo laboral. Es a esa persona a quien le debo todo lo que me sucedió después en lo personal. Me dijo: Tengo un trabajo para vos. ¿Podes comenzar el 1 de marzo? Por supuesto que sí, le dije. Y desde ese momento mi vida y la de mi familia cambió por completo. Era tanta mi alegría que salí de su oficina y me fui corriendo hasta mi casa para darle la noticia a Néstor.

Tuvimos dos hijos más. Hoy, los cuatro ya tienen los suyos, y cada uno tomó su camino. Me gusta ver cómo se repiten los gestos, las palabras, los enojos... y también los abrazos cuando nos encontramos.

También hubo pérdidas. En el 2008, parecía que todo se venía abajo, perdí a mi

padre. Me dolió mucho su partida; vivía con nosotros y era muy bueno. Pero aprendí algo: los afectos no mueren, sólo se transforman. Desde entonces, siempre recordamos lo que él hacía; los mandados, cocinar, despertar a Francisco cada mañana para que fuera al colegio, y recordándolo, siento que sigue conmigo.

Hace poco, pensando me dije: “qué haríamos distinto si pudiéramos volver atrás”. Y me dije: NADA. Porque cada error, cada alegría, cada noche de insomnio me trajo hasta acá. Y acá estoy. Viva, agradecida, con ganas de seguir compartiendo.

Por eso, si alguien me pregunta qué aprendí en estos últimos 40 años, diría esto: que la vida es como el mate. A veces amargo, a veces dulzón, pero siempre mejor cuando se comparte.